

Por qué representar: A propósito de Schopenhauer y Rosset

Antonio Gutiérrez Vara

I

En el presente ensayo, intentaremos exponer el motivo por el cual, según Schopenhauer y Rosset, se representa. Para ello, en primer lugar, expondremos, por una parte, la concepción que Schopenhauer tiene de lo intuitivo, y por otra, la que tiene Rosset de lo real, con el fin de mostrar las coincidencias entre ambas concepciones. En segundo lugar, expondremos, por una parte, lo que ambos filósofos entienden por representación - en el caso de Schopenhauer por representación abstracta -; y por otra, cómo conciben el paso de lo que será representado a la representación misma, con el fin, otra vez, de mostrar las coincidencias entre ambos filósofos. Por último, intentaremos responder a la pregunta acerca del motivo por el cual se representa. Descubriremos las correspondencias entre la función que cada uno de ellos da al acto de representar, a partir de la naturaleza de lo intuitivo y de lo real; es decir, la coincidencia a la hora de responder a la pregunta: por qué representamos.

II

Schopenhauer concibe lo intuitivo como una realidad efectiva sometida al influjo del tiempo. La representación, cree Schopenhauer, tiene dos mitades esenciales, necesarias e inseparables: el objeto y el sujeto. El primero es representación en tanto que objeto para un sujeto, y el segundo, el sujeto, es la condición de posibilidad de cuanto se manifiesta, es decir, de todo objeto. Schopenhauer, en el mundo como representación, distingue dos sujetos, en función de su manera de conocer: el sujeto puro del conocer (avolitivo, es decir, sin estar al servicio de la voluntad), como correlato de la idea, de la representación independiente del principio de razón; y el sujeto cognoscente (volitivo, es decir, al servicio de la voluntad), como correlato del fenómeno, de la representación dependiente del principio de razón. La idea, intuida por el sujeto puro del conocer, permanece inmutable como una y la misma. Ahora bien, al ser conocida por el sujeto cognoscente, es decir, al distenderse en las formas del principio de razón, se convierte en múltiples y polifacéticos fenómenos. Así pues, el fenómeno sólo es una objetivación indirecta de la voluntad; la idea queda entre ambas como la única objetivación directa de la voluntad. Cada clase particular de objetos, representaciones dependientes del principio de razón, tiene un correlato dentro del sujeto cognoscente. Schopenhauer distingue cuatro clases de representaciones, aquí nos centraremos en las dos primeras - en el siguiente apartado nos centraremos en la tercera, mientras que la cuarta quedará fuera de nuestro estudio -: La representación espacio-temporal, es una intuición pura y a priori, que tiene como correlato subjetivo la sensibilidad pura, es decir, la sensibilidad independiente de los datos suministrados por los sentidos. La función de la sensibilidad pura es la intuición de las formas de espacio y tiempo que, intuidas de modo puro, son formas vacías, sin contenido alguno. La segunda clase, la representación intuitiva, es una intuición empírica y a posteriori. El correlato subjetivo de esta representación es el entendimiento. La función del entendimiento es la intuición empírica de la relación entre causa y efecto, la causalidad, o lo que es lo mismo, la materia. A partir de los datos que suministran los sentidos en las formas espacio-temporales, el entendimiento produce la relación entre causa y efecto, la materia, lo intuitivo.

Rosset, por su parte, concibe lo real como idiota, es decir, simple, particular, único, según la etimología griega. Lo real no existe más que en sí mismo, aparece allí donde está, tal como es, y en él no se entrevé ningún signo, ninguna significación. Lo real, que se muestra por su crudeza intolerable, se produce en un aquí y en un ahora; está, pues, sometido a las leyes espacio-temporales, al igual que lo intuido por Schopenhauer. Ahora bien, lo real se diferencia de la intuición porque no representa ningún original anterior, lo real se presenta como original que, de manera tardía, será representado. Lo real es lo anterior y lo que, más allá de las posibles

significaciones atribuidas por el hombre, será posterior. Lo intuitivo y lo real, pues, encuentran en su condición concreta, espacio-temporal, la correspondencia necesaria que nos permite tomarlos a ambos como base a partir de la cual la abstracción y lo doble realizarán la representación.

III

Schopenhauer distingue una tercera clase de representación, a saber, la abstracta. El correlato subjetivo de esta representación, propia del hombre, es la razón. La función de la razón es la formación de conceptos, es decir, asumir, fijar y relacionar lo conocido intuitivamente; dar, en definitiva, a la forma intuitiva y concreta, otra forma abstracta y universal. La idea y el concepto representan como unidades a una pluralidad de cosas reales. Sin embargo, la idea, al someterse al principio de razón, se descompone, debido a la forma espacio-temporal de nuestro conocimiento intuitivo, en la pluralidad, en los fenómenos; mientras que el concepto, por medio de la facultad de la abstracción propia de la razón, se recompone nuevamente a partir de la pluralidad, de los fenómenos. El concepto, pues, puede ser caracterizado como unidad compuesta a partir de la pluralidad, y la idea como unidad descompuesta en la pluralidad. La razón, a partir del conocimiento intuitivo, que suministran las representaciones intuitivas, y sólo en relación con él, forma los conceptos. Así pues, aunque un concepto pueda tener un principio en otro concepto, la serie de conceptos ha de concluir, final y necesariamente, con uno que tenga su fundamento en el conocimiento intuitivo. El concepto es, pues, una reproducción del mundo intuitivo original, es, en definitiva, representación de una representación. Ahora bien, los matices de la intuición son tan sutiles que los conceptos

con su rigidez y brusca delimitación, por muy sutilmente que se les quiera fraccionar mediante una definición más precisa, siguen siendo incapaces de alcanzar las sutiles modificaciones de lo intuitivo¹.

Schopenhauer expresa, pues, que en el tránsito, llevado a cabo por el discernimiento, desde la intuición del entendimiento hasta la abstracción de la razón, se pierden las tenues variaciones de lo intuido. Lo abstracto, a diferencia de la transparencia de lo intuido, se presenta opaco, una superficie donde se confunden los matices. Lo intuido, pues, se presenta como algo primero, mientras que lo abstracto lo hace siempre después y de manera insuficiente. En líneas posteriores, una vez exponamos las consideraciones pertinentes a propósito de la representación de Rosset y sus correspondencias con Schopenhauer, intentaremos contestar por qué, a pesar de tal pérdida, el hombre representa.

Rosset, por su parte, caracteriza lo real por su brillantez, es decir, por poseer la aptitud de no ser atrapado ni fijado. Lo propio de lo real es que siempre se aleja de cuanto se quiere acercarse a él. La representación, para Rosset, es generalmente tardía, segunda con relación a lo real, es decir, se realiza siempre después, una vez lo real ya ha sido dado. Lo real es, pues, anterior, precede a su representación. Además, la representación supone una reducción del aspecto visible de la brillantez propia de lo real. La precisión de la representación acaba por hacer desaparecer lo real. Por tanto, la representación supone para Rosset

una supresión pura y simple del brillo que se quería captar, al que sustituye un decorado y una falsa luz: es cierto que se recoge algo, pero eso no es lo que uno se proponía recoger².

Ambos pensadores coinciden, por una parte, en que se da una primera presencia, lo intuido en Schopenhauer - que es al mismo tiempo representación de algo anterior - y lo real en Rosset, que más tarde será representada. Y además, que tal representación, siempre tardía, deja atrás, a medida que se va formando, lo que en un principio pretendía representar. La representación abstracta y la representación de Rosset son concebidas como sustitutas de aquello que se pretendía representar.

IV

Para alcanzar nuestro propósito, a saber, responder a la pregunta por qué se representa, a partir del pensamiento de Schopenhauer y Rosset, nos falta todavía una última consideración. Ambos pensadores sostuvieron en sus escritos una particular visión, a saber, ambos coincidieron en el carácter antipático de lo intuitivo y lo real, respectivamente.

Así pues, Schopenhauer dejó escrito que

el hombre, junto a su vida en concreto, siempre lleva una segunda vida en abstracto. En la primera queda a merced de todas las tormentas de la realidad efectiva y al influjo del presente, habiendo de esforzarse, sufrir y morir igual que el animal. Pero su vida en abstracto, tal como se presenta ante su sentido reflexivo racional, es el tranquilo reflejo de la primera y del mundo en que vive³.

y Rosset, por su parte, dirá

en la percepción habitual, A no sólo es igual a A; A es también, y sobre todo, igual a todos sus dobles. La percepción habitual necesita estos dobles, necesita descansar sobre la imagen de esos reflejos cada vez que el contacto directo con la cosa se revela indeseable⁴.

Schopenhauer, como hemos visto, sostiene en sus escritos que lo abstracto forma los conceptos a partir del conocimiento intuitivo y sólo en relación con él; que da, en definitiva, a la forma intuitiva y concreta, otra forma abstracta y universal. Así pues, el concepto en Schopenhauer resulta ser una conversión, que no copia, de la intuición empírica - y ésta, a su vez, resulta ser una conversión de la Idea, que es objetivación directa de la voluntad: el original -. Rosset, por su parte, define lo doble como la significación ilusoria que los hombres atribuyen a lo real cuando, por su insignificancia, esto es, por su falta de significado, se muestra intolerable. De esta manera, se despista la percepción de lo real mediante la conversión de una cosa en dos, esto es, mediante su duplicación. Ambos pensadores distinguen, pues, dos niveles: uno anterior, tormentoso, indeseable y agitado; y otro posterior, tranquilo, descansado y sosegado. En el primero, coinciden la representación intuitiva de Schopenhauer y lo real de Rosset; y en el segundo, la representación abstracta del alemán y lo doble del francés. Este segundo nivel sirve para alejarse del primero, para sustituirlo, para evitar la desnuda y cruda percepción de lo intuitivo, de lo real.

Representar, por tanto, para Schopenhauer - si bien en un primer momento es convertir la voluntad en objeto, es decir, objetivar la voluntad, darle una forma, hacerla visible -, en el caso de la representación abstracta, es convertir, traducir, una forma en otra para hacerla soportable, menos tormentosa. Por otra parte, representar, en Rosset, no puede ser la conversión de una cosa en sí en objeto, sino la conversión del objeto dado, visible, idiota, aunque original, en objeto doblado, invisible, significativo. Lo real es doblado en tanto que desagradable y doloroso. Así pues, ambos autores no representan, es decir, no presentan de nuevo algo ya presentado, sino que convierten el original en algo diferente, algo alejado y sedante. Tanto lo abstracto en Schopenhauer, como lo doble en Rosset, no poseen la función de quien en una misma lengua, aunque con distintos instrumentos y en distintos soportes, copia el texto original, sino que poseen la función del traductor que, en función de las posibilidades y los límites de su propia lengua, traduce el texto original, con todo lo que supone de traición y tendenciosidad.

Antonio Gutiérrez Vara
Barcelona, 29 de septiembre de 2005

NOTAS

¹ Arthur Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*, vol. 1, edición y traducción de Roberto R. Aramayo (Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2004). p. 144.

² Clément Rosset, *Lo real. Tratado de la idiotez*, traducción de Rafael del Hierro (Valencia: Pre-Textos, 2004). p. 161

³ Arthur Schopenhauer, *Op. cit.* p. 174.

⁴ Clément Rosset, *Op. cit.*, p. 65